

## NOTAS DE UN APRENDIZ

*Lic. Rubén Quinteros*

Tal vez resulte demasiado ambicioso intentar escribir sobre la música y el psicoanálisis, los textos abundan ya que el arte es de interés para el psicoanálisis en su intento por dilucidar la creatividad, el proceso creativo, algo tan propio del hombre. Parafraseando a Winnicott, la creatividad es la conservación durante toda la vida de lo que en rigor pertenece a la experiencia infantil: la capacidad de crear el mundo. Crear es hacer y para hacer no sólo es necesaria la existencia sino también el saber que se existe... ser. El hacer atraviesa toda nuestra existencia y no necesitamos ser artistas para vivir creativamente, aunque –muchas veces– lidiar con lo ordinario y lo que juzgamos trascendental requiera la destreza propia de un malabarista.

No necesitamos ser artistas pero ellos sí son necesarios: no es posible pensar la humanidad sin arte. El psicoanálisis se ocupa de él –en su intento por dilucidar el misterio de la psiquis– analizando y tratando de explicar las motivaciones del acto creativo, sus productos y los efectos que nos provoca, que nos causa; de ahí que el arte está presente en todos los que –desde su creación– se han ocupado del psicoanálisis. Es sabido también como la “creación” de Sigmund Freud ha ejercido una influencia indiscutible en el arte y sus distintas expresiones.

Mucho se ha escrito y desde diferentes perspectivas. Mucho ha contribuido a enriquecer el conocimiento del acto de

crear pero –y es justo decirlo algunos han navegado por peligrosas aguas corriendo el riesgo de “psicologizar o psicoanalizar el arte” (Susanne Langer, 2006), modestamente, adhiero a los que piensan que un acto creativo, una obra de arte, conserva un misterio que el artista revela pero sólo él conoce; que el hecho artístico no puede ser explicado en su totalidad ni por la filosofía, la estética, ni siquiera por el psicoanálisis. Todo nos sirve para tratar de entender, comprender y ensayar una posible interpretación pero hay un borde infranqueable que sólo puede cruzar el dueño del acto creador: resignarse a este saber facilita participar de las formas de la belleza que –generosamente– él nos ofrece.

Pero vuelvo al propósito de este escrito: mi relación con el psicoanálisis y la música. Debo confesar que siempre la literatura –como lector– acaparó mi atención, encuentro en las palabras una musicalidad que me gratifica: el sonido de una palabra, las cadencias de un verso, el contrapunto de un diálogo, siempre me despiertan cierta fascinación, algo que también me provocan las imágenes de una película, una pintura, las formas de una estatua, los acordes de una melodía o la tonada de una canción. Está demás señalar que hasta ahí se reducía mi relación con el arte, simple espectador, consumidor.

Hace unos años me animé a traspasar ese límite y traicionando mi adicción por las letras me precipité al abismo de un nuevo tipo de lenguaje, el que es anterior a la palabra, el de los sonidos; me entregué a que me fueran revelados los arcanos de la música.

Hacer música es algo más que entender y comprender cómo se articulan los recursos de los que se vale para producirla, es algo que va más allá de lo que puede aprehender la

inteligencia, de lo que se puede razonar, de la técnica, de las posibilidades o el talento; es un placer inefable que sólo es capaz de dar cuenta el que ejecuta y que a veces roza al que escucha, caricia ofrecida sin esperar nada, muchas veces. Es como cerrar un círculo: cuando toco, siempre existe la secreta ambición que el que escucha participe y experimente lo que siento ejecutando, como un gesto de agradecimiento –quizás– por el placer que experimento al materializar los sonidos que me ofrecen, generosamente, las notas que un pentagrama o la memoria... y la música es del compositor y es mía y es del otro y todos somos uno y el otro.

En el aprendizaje de un instrumento, la técnica, la escucha y el ejercicio son fundamentales. El lenguaje musical –laboriosamente– se aprende, las técnicas enseñan a “leer” con el instrumento lo que las notas nos dictan, el ejercicio facilita esa lectura. Se enseña y aprende el valor de una nota, el matiz de un sonido, pero no se puede enseñar a escuchar. Hacer música e interpretar es algo más que repetir y ahí aparece –cuando aparece– el arte, que hace de cada interpretación una experiencia única e irrepetible.

Se me ocurre pensar que mi formación como psicoanalista, en cierta forma, se corresponde a mi formación como músico: Los fundamentos técnicos y corrientes teóricas facilitan mi ejercicio, pero –no olvidemos– que se trata de no repetir. Cada sesión semeja una invitación voluntaria a improvisar, jugar y tratar de descifrar la partitura que el analizante se propone compartir. Su instrumento es el discurso, el mío la presencia y la escucha, la música que creará la palabra surgirá entre los silencios. Cada discurso tiene su propia musicalidad, y no se trata de oír sino de escuchar. Cada uno de nosotros es dueño de una “tonada” única, de una forma particular de interpretar.

Cada sesión tiene un ritmo propio y muchas veces –como sucede al interpretar– podemos anticipar sus giros, intuir su armonía. Cada paciente es irrepetible cuando despliega su discurso donde la interpretación del analista surge como un contrapunto que, si es desinteresado, veraz y pertinente, devendrá en la creación de una canción que resonará entre lugares silenciados del inconsciente.